
Del carácter prelatino y consecuentemente de la antigüedad de la raíz no puede dudarse, ya que la forma emerge
como *Pram* en un ara votiva dedicada a Diana (c.e. 2660 = c.e. 1526) de época romana y encontrada en la provincia de León, más o menos, en el centro del cuadrante noroccidental de la Península Ibérica. En la tal inscripción la forma puede corresponder tanto a un nombre común, en latín *parámus*, cuanto a un nombre propio, un topónimo, como prefiere Montaner¹, ya que, efectivamente, al menos la raíz está documentada en antiguos toponímicos cuales la *Σεγουντία* Παράμικα que Ptolomeo (*Geogr. 2,6,49*) sitúa entre los antiguos vacceos y que debe de localizarse entre las localidades de Palencia y Astorga (ambas en Castilla y León), y la *Σεγουντία* Παράμικα citada también por Ptolomeo (*Geogr. 2,6,65*) entre los antiguos bárdulos y que puede corresponder a la actual Cigüenza del Páramo, en la provincia de Burgos (Castilla y León), pudiendo ser del Páramo la traducción de Παράμικα y derivando evidentemente el actual nombre Cigüenza del antiguo Σεγουντία, parecidamente a como de un antiguo *Sextantia* (Plin. nat. 3,27) procede el actual Sigüenza de Guadalajara (Castilla y León).

Además la antigua voz se conserva en sus respectivas variantes en numerosos toponímicos modernos en Galicia, Asturias y sobre todo en Castilla y León², es decir, en la misma zona de donde procede la citada ara a Diana. Al menos tres actuales localidades – las tres otra vez en Castilla y León – cuyo nombre contiene tal raíz, presentan vestigios arqueológicos de época antigua: Paramillo (Cañizar de Argañón, Burgos) con cerámica celtibérica en un castro romanizado, Páramo Ciudad (Nuez de Abajo, Burgos) con restos celtibéricos y sobre todo otra Páramo Ciudad (Paredes de Nava, Palencia), importante castro indígena romanizado donde además se encontraron un par de *tesserae hospitales* – institución típicamente hispano-celta – de época romana. La voz

reaparecerá aún siglos más tarde, hacia el año 400, en la *Cosmographia* (5) de Julio Honorio, quien hablando del río Duero, que atraviesa el corazón de la comunidad autónoma de Castilla y León, recuerda que tal río *currit per campos Hispaniae illustrans paramum*. Ya de época medieval y esta vez para Galicia tendríamos al menos un *quintus comitatus Paramo dictus terminatur in Minio* en el *Liber Fidei Sanctae Bracarensis Ecclesiae*, como recoge Moralejo⁴.

Pero del celtismo de la voz – nos parece – tampoco puede dudarse. En efecto, en primer lugar, los testimonios de la forma se dan prioritariamente en un territorio al que desde hace unos años hay suficiente consenso en asignar una entidad lingüística celta para la época prerromana y que comportarían, pues, unas hablas afines a las del orientalmente contiguo celtibérico, lengua esta bien documentada en epígrafes redactadas tanto en escritura latina como en las dos variedades de una escritura epícrica, que denominamos también celtibérica y que deriva substancialmente de la escritura empleada para registrar la lengua ibérica en el sudeste francés y en el nordeste español.

En segundo lugar, el celtismo de aquel *PARAMI* y afines parece casi garantizado por determinados aspectos léxicos. En efecto, está primeramente el contexto lexemático de las documentaciones de tal raíz. Así en el ptolemaico sintagma Σεγωντία Παράμικα aparece un Σεγωντία que resulta ser uno de los más típicos y tópicos topónimos tanto del celtibérico cuanto del hispanocéltico en general por su pertenencia a una raíz *seg*- ampliamente documentada: SECeIZA (Ἀ.78) – Σεγονία (Strab. 3,4,13), SECSAMOS (Ἀ.69), SECOBIRICeZ (Ἀ.89) – Seobrigam (Plin. nat. 36,160), Secontia (Plin. nat. 3,27), Σεγκονίας (Strab. 3,4,13), Segesamunco (It. Antion. 394,3), Segovia (Ptol. geogr. 2,6,55) – SECOTiAZ LACaZ (Ἀ.77). Lógicamente, la raíz aparece

---

asimismo documentada en etnónimos, así Segienses (Plin. *nat. 3,24), e incluso en antropónimos tales SEGONTIVS (*C.I.L.* II 2946) y probablemente SEGOSOQ (*C.I.L.* II 5790) y SECouZOS (*k.1.3*). La secuencia es además idéntica a muchos otros antropónimos reputados sin ninguna duda como celtíberos tales CoNTeBiAZ BeLaISCaZ (*k.0.1*), CoNTeRBiA CaRBiCa (*λ.75*), *Contribam[ ], quaer* Leucada (*Liu. fragm. 91*) o Oδξαια Ἀργαλα (*Ptol. Geogr.* 2,6,55) en el sentido de que el substantivo va seguido de una adjetivación. Además, está la densidad léxica de la raíz, ya que esta puede darse con otras derivaciones, como quizá el patronímico PARAMOCS (*genitivo*) de una epigrafe también de León⁵ y el *AMPARAIM* de un pacto de hospitalidad en lámina de bronce encontrada en Herrera de Pisuerga (Palencia, Castilla y León). Con pocas dudas la raíz debe de manifestarse también adjetivalmente en otros dialectos ahíne con variaciones fónicas tales un dativo *PARAM[ ]EICO* en dos inscripciones, una de Lugo (Galicia: *PARA/MAECO*) y otra de Asturias (*PARAMECO*). Igualmente derivado de la misma raíz es, como recoge *Untermann*, la voz *paramera*, que designa una región con abundancia de páramos. La raíz, así pues, era operativa en la Antigüedad y lo sigue siendo en la actualidad.

En tercer lugar, el celtismo de la voz que nos ocupa, parece igualmente garantizado por la morfología del vocablo en sus diversas manifestaciones, detalle este importante y al que quizá no se le haya prestado toda la atención que merecía. En efecto, en *Παράμυκα* encontramos la más típica de las formaciones empleadas en las hablas hispanocélticas para constituir adjetivos, *scilicet* el uso de un formante /k/, que se acompaña de diversas vocales (/ak/, /ik/, /ok/...), siendo precisamente /−ik−/ el segmento quizá más común y frecuente: ARATICoS (*λ. 61*), ARECoRAiTICA (*k.0.11*), ARCaLICoS (*λ.62*), ATuLICoM (*k.0.6*). Una forma hispanocelta *parâmos* se dejaría además parangonar con seguros antropónimos

hispanocélticos tales como LETaSAMA (λ.68) o el indudablemente celtíbero \textit{Vxama} (Plin. nat. 3,27), para las que suele aceptarse la presencia de un formante superlativo en \textit{–am}. No son pocos, en efecto, los toponímos hispanocélticos potencialmente provistos de tal elemento: LETaSAMA (λ.68), \textit{Οὐξαμά Αργαίλα} (Ptol. Geogr. 2,6,55), \textit{Οὐξαμά Βάρκα} (Ptol. Geogr. 2,6,52) – USAMUZ (λ.72) – \textit{Vxama} (Plin. nat. 3,27), \textit{Rixamarum} (Martial. 4,55,16), \textit{Segisama} (Flor. epit. 2,33,48), \textit{Σεγισάμηκόνκυολου} (Ptol. Geogr. 2,6,52). A propósito de \textit{Segisama} y afines señalaba ya Untermann (2001: 202): «El sufijo \textit{–isamo}– por su origen coincide perfectamente con las marcas de superlativo de las lenguas celtas y del latín. Se da también en el toponímico \textit{letaisama} […] y en su correspondiente lusitano \textit{Bletisam(a)}, y, sin \textit{–i}, en los nombres de las ciudades \textit{Uxama} y \textit{Rixama}. Además es frecuente en la antropónimia hispano-celta, sobre todo en la parte lusitano-gallega». Y a propósito de \textit{BLETISAM[A]} (\textit{c.iil. ii} 858) afirma también García que «El viejo nombre de Ledesma (Salamanca) es un superlativo celta (‘La muy llana’) idéntico a la LETAISAMA celtíbera». Así pues, *\textit{paramos} podría contener el mismo formante superlativo que encontramos en el celtíbero \textit{VERAMOS} (k.3.8) o \textit{VORAMOS} (k.3.7), cuya raíz, a causa de la posible pérdida de /p/, los celtólogos pueden parangonar sin mayor problema con antiguo breton \textit{guor}-, antiguo córnico \textit{gur}-, gálico \textit{ver}- o antiguo irlandés \textit{for} (todos de un antiguo *\textit{upar}–) asignando al vocablo el significado de ‘superior, supremo, jefe’. Marginalmente nótese que secuencias como \textit{Οὐξαμά Αργαίλα} documentarían muy probablemente la substantivación del superlativo, tal como sería también el caso de *\textit{paramos}.

Por otra parte, la posible formación superlativa de base podría en sede indoeuropea estar confirmada por el tradicional parangón con el antiguo indio *paramā- ‘más alto, más lejano’, con cuyo significado es congruente el de páramo, que en el español actual designa una altiplanicie sin apenas flora y connotativamente un lugar frío e inhóspito. El significado antiguo podría ser el mismo o bien similar, ya que en la citada epigrafía votiva a Diana se menciona un *IN PĀRAMI AEQFORE, es decir, un ‘en la llanura de Páramo’ si se opta por el significado como ciriónimo o nombre común o bien, casi tautológicamente, ‘en la planicie de un páramo’ si se opta por su significado como cenónimo o nombre común. En cualquier caso y fuera cual fuera el significado original, semánticamente nada obsta a una conexión metonímica entre los significados de las voces del antiguo indio y la hispánica.

Todo, pues, excepto la /p/ inicial apunta al celtaismo lingüístico de PĀRAMI, por lo que en rigor no debería discutirse su pertenencia a este grupo lingüístico e intentar segregarlo de lo cético asignándolo a una entidad indoeuropea diferente, ya que en realidad, como señala Untermann9, cuando alguien «in der Hispania Céltica ein Wort für zwar indogermanisch, aber nicht für keltisch hält, das onus probandi für diese Behauptung übernimmt». Por otra parte, aunque muy emblemático por su amplia y fidedigna documentación, el de *paramos no es, naturalmente, el único caso de /p/ conservada en hablas que altrimenti muy bien podrían ser consideradas céticas; están, en efecto, además los testimonios de formas celtas 

(Ptol. Geogr. 2,6,49), PISORACA (cIL ii 4883), Plateam (Martial. 12,18,11)\textsuperscript{10}. Por no mencionar ya el translúcido testimonio de las hablas lusitanas, menos afines y diferentes sin duda de las celtíbericas y cuyo celticismo es impugnado por la mayoría de los especialistas, al menos desde que Tovar\textsuperscript{11} estableciera que la presencia de /p/ etimológica era «un criterio suficientemente sólido para oponer esta lengua (o estas lenguas) al celta». En la actualidad apenas Untermann, con más cautelas Moralejo\textsuperscript{12} y nosotros mismos, que hemos apoyado el celticismo del lusitano y del contiguo galaico en diversos trabajos, sostenemos – pese a la /p/ – el esencial celticismo lingüístico de lusitano y de galaico, lengua esta, por lo que hoy sabemos, afín al lusitano pero de un celticismo aun más evidente. Es de notar que, en todo caso, nadie duda del celticismo general de las transicionales hablas – aún genéricamente denominadas hispanocélticas – que ocuparían la zona intermedia entre el celtíberico y el galaico-lusitano, pese a que aquellas presentan también numerosos casos con /p/ antevocática. Como fuere y pese a su exigua documentación, el lusitano manifiesta claros ejemplos de presencia de /p/, con, por ejemplo, un PORGOM (o PÖRCOM, l.3.1) que remite al latín porcos o al irlandés – sin /p/ – orc, además de otras formas claramente indoeuropeas y por lo general bien comparables con formas [hispano]célticas tales unos PETRANJOI (l.2.1), PRAEJO/NDJO (l.1.1), PRAISOM (l.1.1), PTPPID en la última inscripción lusitana descubierta\textsuperscript{13}, TREBOPALA (l.3.1). Lo cierto es cuanto más al occidente de la antigua Hispania, más es, en términos relativos, abundante el

\textsuperscript{10} mapa y elenco en Untermann, Lusitánisch, Kelthisch, Keltisch, p. 72.


testimonio de aquella, en palabras de Evans, «mesmeric p»14.

Por otra parte, el celtismo de las hablas prerromanas de la mayor parte de la Península Ibérica se apoya, naturalmente, en otros muchos testimonios – con o sin /p/ –, casi todos recogidos en su día por Untermann15, así como muchos otros indicios, datos y evidencias, tanto de naturaleza lingüística cuanto – y con frecuencia no menos despreciables – de naturaleza extralingüística. Entre estos sería oportuno mencionar la explícita y contundente mención de Celtici en diversas partes de la Península, tanto en el norte cuanto en el sur, por autores griegos y romanos, además de las más abundantes referencias a los Celtiberi de cuya celtismo lingüístico ya nadie hesita. Estrictamente hablando los términos celta, céltico o afines están reservados en la Antigüedad para la Península Ibérica, para la antigua Κέλτικη.

Que algún dialecto céltico haya podido conservar como un arcaísmo la antigua */p/ indoeuropea es una posibilidad que a priori probablemente ningún lingüista excluiría. La existencia de un fonema */p/ en la concatenación dialectal indoeuropea es una cosa que prácticamente nadie discute, por lo que es bien lícito pensar que la pérdida pudiera no haber afectado a todos los dialectos dentro de la red lingüística celtoide. Entonces ¿por qué tanta adamantina renuencia a aceptar la presencia de */p/ en unas hablas que por lo demás parecen céticas e incluso conservadoras? En nuestra modesta opinión, el problema principal reside en la ubicación de las hablas implicadas, esto es, del hispanocéltico (celtibérico, galaico-lusitano y hablas intermedias) en general. Conjeturamos que si los mismos testimonios aparecieran, por ejemplo, en las selvas hercinias, la mayoría de los celtólogos estaría dispuesta a admitir la posibilidad de que, pese a la presencia de /p/, la lengua pudiera

15. E. Untermann, Lasitanisch, Keltiberisch, Keltisch.
ser clasificada como celta. Ilustramos el problema con la figura de una analogía. En la mayoría de los dialectos del español la antigua distinción entre /θ/ y /s/ se ha perdido, de modo que prácticamente sólo en las variantes no meridionales del español de la Península ibérica la fricativa labiodental sorda /θ/ se ha conservado. Aceptado el hecho de una diacrónica [con]fusión entre /θ/ y /s/, en el supuesto de que equivocadamente se tuviera también por aceptado que el origen del español debiera situarse en, por ejemplo, Bolivia o Perú, no es difícil conjeturar que la mayoría de los hispanistas se vería obligada a clasificar el español que precisamente dio origen a todas las demás variedades – es decir, el español con /θ/ de la Península Ibérica – como una lengua que no es... español.

Así pues, si mirado el asunto de un modo spropugicat, todo invita a considerar la posibilidad – por el momento solamente eso – de que la antigua */p/ antevocálica indoeuropea se haya conservado en algunas hablas celticas... aunque sea en la meridional y poco centroeuropaea Hispania. A favor de ello está también un argumento trascendental y que responde al problema verdaderamente grandioso de por qué el grupo celtaide perdió – total o mayoritariamente – la antigua */p/, pues, en efecto, nada hay en la documentación histórica de las lenguas celtas que sugiera o explique tal singular evolución, ya que, por ejemplo, en el continuum celta de época histórica no encontramos los tan característicos procesos de aspiración que se dan en el grupo armenio, en cuyas hablas, aunque de modo claramente independiente de las celtas, también se da un similar proceso [*/p > h > θ*]. Es este, creemos, un problema verdaderamente importante y no el asunto secundario de dónde se localizaba la Urheimat de los hablantes de las lenguas celtas... suponiendo, claro, que estos hubieran de tener una bien concreta y precisa patria ancestral.

Pues bien, en otros lugares hemos expuesto la posibilidad más obvia y elemental para explicar la pérdida de */p/ en el conjunto celtico, sicelcit el contacto con lenguas como el antiguo aquitano – de cuyas hablas meridionales proceden los actuales dialectos del vasconce – y el ibérico, lenguas ambas
para las que hay, en nuestra opinión, suficientes argumentos como para considerarlas pertenecientes a un mismo grupo lingüístico, dado el alto número de isoglosas léxicas, morfológicas y fonológicas que comparten, entre estas últimas destacando _casualmente_ la ausencia de /p/. Además, tanto en aquítano como ya indudablemente en vascuence está acreditada la presencia de la aspiración, fenómeno que, como en el caso armenio, constituye banal – y acaso principal – causa de la pérdida de /p/ (trámite [p > p♭ > h > 0]). Incluso la africación, el quizá otro básico factor generador de eliminación de /p/ (trámite [p > pf > f > h > 0]), está asimismo bien documentada en vascuence (y en el continuo lingüístico germanoide). _Casualmente_ también, mientras el celtíbérico se caracteriza tanto por su proximidad al ibérico (de ahí también el nombre) y al antiguo aquítano, aquella lengua se caracteriza asimismo por la ausencia de /p/, en tanto que las antigüas hablas hispánicas más occidentales y para las cuales no hay evidencia histórica de contacto directo con aquellas lenguas anindoeuropeas sin /p/, el problemático fenómeno está bien representado. Oportuno quizá será mencionar aquí que, contra la teoría tradicional tanto tiempo imperante, hoy se tiende a pensar que también el ibérico tuvo en época más antigua su zona nuclear en un territorio más septentrional del ocupado en época histórica, ya que hay numerosos indicios de un substrato indoeuropeo – y celteíde, creemos nosotros – tanto en la costa mediterránea española cuanto en el Valle del Ebro, principales territorios de los iberos en época romana. Para época histórica tampoco hay duda de una territorialidad septentrional para el antiguo aquítano, diseminadamente hablado en época romana en el triángulo comprendido entre al océano Atlántico, los montes Pirineos y el río Garona.

Naturalmente y en sede última, tras la _numantina_ defensa del acelticismo del lusitano y, en general, del hispanoceléltico, está la – sostengamos – errónea percepción de los grupos lingüísticos, que en realidad básicamente están constituidos por concatenaciones dialectales, como _familias_ o _árboles genealógicos_, un modelo que no sólo excluye el capital fenómeno de la
convergencia lingüística imponiendo una eterna y ramificada divergencia entre lenguas con un mismo y supuesto único origen, sino y consecuentemente — lo que aquí puede ser más grave — la obligación de salomónicamente incluir una entidad lingüística determinada en uno o en otro grupo sin contemplar la posibilidad de adscripciones más matizadas, disimétricas o flexibles.

Detrás de todo esto, está también, por supuesto, la creencia, no sustentada en parámetro empírico ninguno (antropológico, arqueológico, etnológico, genético, geográfico... ni – nos parece – lingüístico), de que la indoeuropeización fue un fenómeno neolítico o epineolítico, es decir, bien tardío, lo que, en definitiva, obliga también a considerar que lenguas y manifestaciones culturales [epi]neolíticas son casi fenómenos simultáneos, de modo que, por ejemplo, sólo puede ser lingüísticamente celtico lo que corresponde a políticas o estatales organizaciones celtas de épocas históricas. Para evitar esas peligrosas tentaciones de identificar lenguas con estados o con más o menos efímeras manifestaciones socioculturales y sobre todo para enfatizar la mayor longevidad de los continuos lingüísticos así como su libre discurren entre la convergencia y la divergencia, nosotros preferimos operar con términos distintos para las – por lo general siempre oscilantes – continuidades lingüísticas, hablando así de celtóide (o anatóloide, baltoide, italoide...) para entidades milenarias frente a las usualmente sólo seculares manifestaciones políticas, es decir, para entidades sólo parcialmente sincrónicas. Con el elemento -oide pretendemos además destacar el carácter esencialmente adaptativo de la lengua.

La interpretación primaria de los datos aquí sucintamente expuestos sugiere como obvia la posibilidad no sólo de que el grupo celtóide se originara – en una época, por supuesto, mucho más antigua de la afirmada por la invasiónista indoeuropeística tradicional – en el occidente europeo16 y no

en la Tène u otros lugares centroeuropeos, sino acaso un también muy antiguo movimiento de expansión desde el sur hasta el norte, algo, por otra parte, bien apuntado por el general consenso de disciplinas cuales la antropología, climatología, genética, geología e incluso el folclore y – creemos – la lingüística, si utilizada esta sin decimonónicos prejuicios. Claro que, mientras se siga creyendo que incluso en el Epineolítico las lenguas se imponían sin colonización, administración, escuelas o leyes sino por meras – y, por cierto, fantasmagóricas – invasiones, será muy difícil que se reconozca el celticismo lingüístico de formas [por lo demás] tan supercélticas como Σκυθία Παράμακα a causa de su mesmérica, fastidiosa y sobre todo inoportuna /p/.

**OBRAS CITADAS**


PÁRAMO O DEL PROBLEMA DE LA */P/ EN CELTOIDE
